

Colección **Ciencias Humanas**

Marc Augé
Haciendas y castillos

Traducción de Ignacio Rodríguez

 **Dedalus** Editores

Augé, Marc

Haciendas y castillos. - 1a ed. - Buenos Aires : Dedalus, 2014.
132 p. ; 21x14 cm. - (Ciencias humanas)

ISBN 978-987-3744-00-6

I. Antropología. I. Título
CDD 306

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère français des Affaires Etrangères et du Service de Coopération et d'Action Culturelle de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia y del Servicio de Cooperación y Acción Cultural de la Embajada de Francia en Argentina.

Título original: *Domaines et châteaux*

© 1989, Éditions du Seuil, Paris.

© 1989, Marc Augé

© de la traducción: Ignacio Rodríguez

1ª edición en español: octubre de 2014

© Reservados todos los derechos de esta edición para América Latina

PROHIBIDA SU VENTA EN ESPAÑA

Dedalus Editores

Paraguay 3034 3° D, Buenos Aires, Argentina.

info@dedaluseditores.com.ar, dedalus.editores@gmail.com

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de colección y cubierta: CRDL

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-3744-00-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Índice

EL PRIORATO	11
EL AVISO QUE SE HACE AL LECTOR	25
TEXTOS, PRETEXTOS	67
TRES METÁFORAS	103
ENVÍO	125

A Françoise

*¡Oh temporadas, oh castillos!
¿Qué alma no tiene defectos?*

Rimbaud, Una temporada en el infierno.

El priorato

65 km. París — RESIDENCIAL — Todos recursos — Estación acc. PRIORATO FINALES XVIII en Parque 1 ha. Borde río. Bellas recepciones. Comedor. Escritorio. Cocina 45 m². 7 hab. Sanitario. Td confort. Dependencias. Excepcional oportunidad. 1.000.000 f.

Una foto acompaña el aviso: foto de aficionado, un poco oscura, bien encuadrada. El cielo azul profundo recorta un techo de losa con vivos caballetes. La foto fue tomada desde la pradera en pendiente en la que se extienden las sombras de la noche, con la perspectiva suficiente para crear un efecto de “contrapijado”. Una luz de fines de verano ilumina el costado oeste de la construcción demarcada por las dos ventanas abiertas de par en par del primer piso; en la planta baja los postigos blancos de la ventana en ángulo están cerrados, quizás para proteger los tapices del living o los estantes de la biblioteca. La fachada, orientada hacia el sur o hacia el sudeste, ya está cubierta de sombra, aunque el sol todavía suspende algún resplandor por el revés de los postigos. El resto se pierde detrás de las ramas de un árbol al pie del cual hay dos sillas abandonadas. Un reflejo

de luz, sin embargo, atrae la atención, en el lugar en que la pared se desvía hacia el sur, como si otro cuerpo de construcción estuviera pegado al primero.

Una hilera de álamos, al norte, delimita la pradera y sugiere la presencia de un río.

El texto del aviso está dispuesto a la izquierda de la foto; el nombre de la inmobiliaria, en letras mayúsculas, figura encima con la dirección y el número de teléfono. La inmobiliaria, está situada en Noailles (60430). El semanario parisino suele reservar una página entera (la anteúltima), que tengo ante mis ojos, a una publicidad inmobiliaria. Diversas inmobiliarias recurren a ella, y varias regiones de Francia (mayoritariamente los alrededores de París hasta una distancia de ciento veinte kilómetros, la Sologne, el Centro y el Mediodía) están representadas. Los avisos están dispuestos uno debajo del otro en dos columnas, cada una de ellas bien ajustada en su recuadro negro, fácil de consultar y con el ofrecimiento de propiedades importantes, a veces suntuosas, cuyo precio no siempre se menciona. Me sorprende desde hace un tiempo mi propio hábito de consultar primero esta página. Algunos amigos me confesaron que hacen lo mismo, pero el encanto particular de ese priorato, hoy, me resulta un misterio.

Probablemente se deba, por un lado, al ángulo de visión. El conjunto de la construcción se ofrece a la vista (lo que no ocurre en algunas fotos de la misma página, tomadas de demasiado cerca, en una de las cuales sobresale una escalera monumental que sin embargo desemboca en una fachada trunca, otra muestra la fachada de una casa “estilo Isla de Francia” cuyo techo

no se ve). Sobre todo, el entorno está sugerido sin ser mostrado, de modo que las mismas razones que podrían despertar la desconfianza de un eventual comprador (¿son acaso las sombras en la pradera las de un transformador eléctrico o las de un gallinero industrial?) liberan la imaginación de quien mira por placer: las sombras y los álamos dibujan dos líneas de fuga más o menos convergentes, que animan la pradera que, en el mismo movimiento, parece subir como un mar hacia la roca maciza que sobresale. Del primer piso, la vista debe llegar lejos, si se tiene en cuenta el pleno sol de la pared oeste. Esta morada tiene algo de refugio.

Refugio quizás, pero abandonado. Es cierto que la presencia humana a menudo está excluida de esa clase de fotos. Pero aquí todo revela una salida brusca; es posible que para sacar la foto (¿quizás toda una familia feliz conversa detrás de la cámara?); o debido a una desgracia repentina. Los postigos cerrados de la ventana en ángulo, cerrados y no semicerrados como hubiera bastado para proteger el interior, quizás sean signo de precipitación. Apenas los cerraron alguien recordó que había que sacar una foto: “¡Sacá la foto, después termino de cerrar!” La anciana a la que iban a ver los domingos murió, o quizás la convencieron de que se muestre razonable de una vez y vaya a un geriátrico muy confortable, muy alegre, en el que conocerá a personas de su edad en lugar de aburrirse toda la semana esperando la visita siempre un poco presurosa de sus hijos o nietos. Si la casa está en venta, tan encantadora, tan bien equipada, tan cerca de París, es porque los herederos no podían quedársela, demasiado numerosos y dispersos de una punta a otra de Francia (y sólo el mayor sentía verdadero apego); o quizás decidieron la madre y la abuela, que desvaría un poco y los inquieta siempre con sus asuntos de corazón, pero que “es fuerte como un roble”, como se complace en repetir, ponerla en venta antes de que ésta fuese a parar al geriátrico:

el mantenimiento de esas construcciones cuesta caro y, abandonado, el parque se transformaría pronto en una jungla. En cuanto al personal doméstico y a la señora de compañía, los únicos que permitirían a una señora de su edad vivir segura, ¿quién les pagaría?

¿O acaso esa casa tan modesta fue, por el contrario, la locura de una pareja feliz? Durante dos años no hicieron más que pensar en ella, tan deseosos por salir el viernes a la noche que quizás confundieron las alegrías de la huida con la felicidad de estar juntos; explotando intensamente el mismo filón, se agotaron con él: desde el día en que dejaron de sentir con fuerza la necesidad de responder a las exigencias del lugar (cortar el pasto, volver a pintar los postigos, hacerle mantenimiento al techo, acondicionar las habitaciones del primero), la relación se transformó imperceptiblemente. Cómplices en la mala fe, empezaron a agarrársela con la casa, sus defectos ocultos, su humedad, sus grandes ambientes fríos y difíciles de amueblar... todo lo que primero les encantaba como un desafío o una promesa. La familiaridad se transformó en hábito y el hábito en tedio: un día él le hizo notar que ya no viajaban, que llevaban una vida rutinaria; o fue ella quien ya no soportó tener que transformarse en ama de casa todos los fines de semana para merecer el elogio aislado de los amigos de su marido. Pasaron rápidamente de la broma amable a la ironía. Todo se precipitó el invierno en el que una helada reventó las canaletas porque él o ella habían olvidado cortar el agua. Y a él ya le atraía el rostro de una mujer a la que creía poder seducir, ella ya descubría en la atención de otro, cuya vigilancia y humor tímido acusaban por contraste la placidez de sus relaciones matrimoniales, el signo de una oportunidad perdida y recuperada y la prueba de que entre ellos, sin que nunca se hubieran dado cuenta, todo estaba por terminar.

Ojos que no ven, corazón que no siente: perdieron de vista la casa. Y recién hace pocas semanas, una vez todo arreglado o

casi, pasaron tan rápidamente como les fue posible a inventariar el mobiliario, limpiar un poco afuera, airear los ambientes y devolverle las llaves al representante de la inmobiliaria, que se había encargado de sacar la foto mientras ellos, adentro, se repartían los libros y los discos.

Tristeza de los avisos publicitarios, que enumeran todas las razones que el vendedor debería tener para no vender. Lo que traducen o traicionan (a pesar del esteticismo y del entusiasmo siempre un poco convenidos que presiden a su redacción: “encantadora casa solariega del siglo XVI”, “magnífica casa de campo de piedra”) es siempre la dificultad de quienes renuncian o, peor aún, la indiferencia de herederos que, dado que ni su pasado ni sus gustos los llevaron a apreciar una casa que no conocen, porque nunca vivieron en ella o porque se fijan a sus ojos recuerdos sin fuerza, le reconocen un simple valor de cambio. Colocados unos al lado de los otros, en la anteúltima página del *Nouvel Observateur*, modestos como las imágenes, esos lugares desafectados no provocarían más que consideraciones comerciales si las fotos más o menos logradas que fueron sacadas con una finalidad eminentemente utilitaria no hubiesen fijado el instante en el que se juega su destino. El escenario está vacío, a la espera de personajes, incluso si la decoración lleva todavía la marca de quienes acaban de dejarlo. Al contemplarlo, puede uno sentirse tentado de imaginar tanto los dramas y las alegrías que tuvieron lugar en él, y quizás las aspiraciones, como aquellos que la venta inaugura como posibilidad. Esa doble tentación novelesca es el principio del muy particular placer que suscita en los verdaderos amantes de avisos inmobiliarios la combinación lograda de un texto y una imagen.

El aviso evoca tanto la disponibilidad nueva del lugar como su esplendor pasado, los entremezcla, eliminando el pasado demasiado próximo (que emparentaría el aviso a un parte de defunción) para resucitar los faustos antiguos de los cuales

invita al futuro comprador a considerarse heredero natural. Los muertos son molestos, los ancestros tranquilizan. En la misma página que el priorato, se describe una suntuosa quinta meridional frecuentada tiempo atrás, está precisado, por una *vedette* del *music-hall* reciente, y como se dice de algunos, por no poder pensar en todos, desaparecida demasiado pronto. Error publicitario, a mi juicio: ¿quién se preocuparía, suponiendo que tuviera los medios, por encontrarse a la vuelta de un pasillo o al entrar a la habitación con el fantasma de Coluche o de Thierry le Luron? Es cierto que todos los esnobismos son imaginables y los publicistas saben adónde apuntar. De todos modos: esos muertos son muy recientes, muy vivos todavía. No tienen el encanto sigiloso y anónimo de aquellos a quienes todo un vocabulario técnico y algunas referencias históricas se esmeran por hacer discreta alusión. Pues la intención última y secreta de los avisos más sutilmente redactados, no sólo es alejar las sombras palpitantes que frecuentan los lugares que presentan, sino además restituir antepasados a quienes ya no los tienen. Ese juego con la muerte exige habilidad, atención y, para decirlo todo, buenos modales.

¿Tiene el priorato que cautiva mi atención la antigüedad que le acuerdan los anunciantes? Bien podrían hacer como los vendedores de autos o de ropa que ponen mucho cuidado en no redondear nunca hacia la unidad superior el precio al que venden, asimilándolos así sin vergüenza a una categoría sensiblemente menos costosa. Quizás mi priorato, al término de un artificio análogo e inverso (pues si el objetivo es siempre seducir, aquí también es justificar el precio), fue envejecido algunos años para merecer la etiqueta “siglo XVIII” y beneficiarse con el aura que emana como es esperable del siglo de las Luces. Y si me tranquilizo apreciando el rigor elegante de las formas que me revela la foto, quizás debería más bien preguntarme sobre los motivos del efecto que produce en mi recepción de la

imagen y del aviso la mención del siglo XVIII. Además, no es la única cuestionada. Pues el siglo XVIII al que me remite el aviso no es un siglo cualquiera.

Es clerical y post-revolucionario. Al menos esta es la traducción que podría hacerse de la indicación (en mayúsculas) PRIORATO FINES DEL XVIII. No son éstas dos cualidades por las que sienta un afecto particular, ni mucho menos. Pero no son tampoco las que espontáneamente asocio a la mención del siglo XVIII, aunque finalice, o al término priorato. Ante todo, la referencia al siglo XVIII evoca para mí la literatura, la música y la arquitectura (la admirable costa de los muelles de Burdeos), un arte de vivir y de decir hecho de holgura y elegancia, una vida sutil y un poco licenciosa, que combina los encantos de la simplicidad rural y del lujo más urbano. La expresión “fines del XVIII” agrega a esa evocación una pincelada de decadencia fin de siglo completamente ajena a las connotaciones del término “Revolución”, aunque sepamos de qué modo se aceleró la historia después del '93, al punto de poder sorprender hasta a un testigo de los años posteriores al '68 (mil novecientos sesenta y ocho). La imagen del siglo XVIII y la de la Revolución se muestran diferentes a mis ojos, incluso aunque tenga plena conciencia de todo lo que el carácter radical, sacrílego y sulfuroso de éstos debe a la coincidencia, fortuita o necesaria.

El priorato sigue protegido de esas turbulencias, probablemente porque, en la idea que yo me hago, igual que su siglo XVIII que se acaba, hace abstracción de los años de la Revolución, su definición clerical, abstraída de toda referencia sociológica, se difumina en provecho de una imagen, más vaga, de calma y confort que las sonoridades de la palabra “priorato” bastan para hacer surgir. Además, si bien no es seguro que la mayor parte de las menciones que se hacen en los avisos inmobiliarios de abadías antiguas, de antiguos conventos, parro-

quias u otros prioratos sean necesariamente falsas, es probable que una parte de su eficacia, del encanto que producen en el ánimo de ciertos lectores, se deba también al poder de evocación semántica de las palabras que utilizan. Por insuficiente que sea mi conocimiento exacto de la palabra “priorato”, que no empleo en la vida corriente y que corro el riesgo, llegado el caso, de utilizar de un modo inapropiado, no es nulo y cuento con alguna chance de poder restituir, de un modo más o menos consciente, algo del sentido que le confrieron la tradición y el uso asociándole las nociones de propiedad y aislamiento, pero también de comunidad y autoridad.

El primer placer del aviso es el placer de las palabras. El *Littré* me introduce allí y allí me arrastra. “Priorato” es primero la “dignidad” del prior o de la priora. También es el convento en su conjunto, “bajo la conducción de un prior, de una priora”. Es también la casa o la iglesia del convento. Finalmente, es la “casa del prior”. Esta última distinción me parece muy relativa, pensándolo bien, ya que salvo si se toma en alguna segunda acepción o derivación (“título de dignidad en alguna sociedad, priorato de Sorbona, bachiller que presidía durante un año las asambleas de la casa de Sorbona”), la palabra “priorato” siempre pone en cuestión una comunidad religiosa. El *Littré* precisa: “Prior conventual regular, o, simplemente, prior, quien rige religiosos en comunidad; se opone a prior conventual secular y comendatario; sólo difiere del abad por el nombre; tiene máxima autoridad”. Me parece progresivamente que, si adquiriese el priorato, sería secular, en lugar de ser conventual, pero sin embargo no sería comendatario. Pues si el calificativo de “comendatario” se aplica a quien “tiene un beneficio en encomienda” (lo que mucho no me esclarece), la encomienda, por su parte, designa originalmente un “beneficio” dado a un secular a la espera de que se provea de él a un titular y, más tarde, un “título de beneficio dado por el papa a un eclesiástico secular o a un

laico nombrado por el rey”.

Me falta un papa, un rey y algunos monjes para ser de verdad el prior de este priorato, y los ingresos que podría obtener de la hectárea de tierra que lo rodea no significaría en ningún caso un “beneficio”, aunque no tenga que compartirlo con el conjunto de una comunidad. Lo que no impide que con o sin beneficio, un priorato siga siendo un priorato, y la idea de algunos frutos, de algunas humildes y succulentas “peras de cura” que podría producir su vergel me hacen divagar un poco. Aunque el aviso no hable de eso, ¿es posible imaginar que un conjunto tan vasto (una hectárea, con respecto a un departamento parisino, es mucho) esté completamente desprovisto de todo lo que define a los bienes “raíces”? En este sentido, no me llama tanto la atención la dimensión del parque como la existencia de “dependencias”. Más allá del nivel de vida, la abundante domesticidad que éstas suponen, responden a la evidente necesidad de ceñir, de cubrir todos los productos de la propiedad. El priorato me habla de tiempo (aunque ya sea pasado), las dependencias, de espacio (aunque ya esté perdido). “En las casas grandes, las dependencias, las construcciones afectadas a las cocinas, caballerizas, galpones, etc.”, dice el *Littré* en el artículo “Dependencias” [*communs*], y luego cita a Saint-Simon: “D’Aubigné empezó a construir un vasto y magnífico castillo, inmensos corrales y prodigiosas dependencias.” Y si dejo el *Littré*, que evidentemente tendría que consultar para saber qué son exactamente esos “corrales”, es porque soy muy consciente de que, si no interrumpo la consulta de un modo arbitrario, no va a terminar nunca y de que, de priorato en prior, de prior en beneficio, de beneficio en encargo, de encargo en dependencias y de dependencias en corrales, me hundiré con el deseo siempre incrementado de esclarecimiento en un laberinto cada vez más inextricable. Pero también porque al releer el aviso, un detalle me recuerda las dimensiones reales del lugar en su estado ac-

tual: “Cocina 45 m²”. La mitad de un departamento de cuatro ambientes, de un F4, como dicen otro tipo de avisos.

Esa precisión confiere al conjunto de las construcciones una amplitud creciente (las dependencias deben entenderse sin la cocina). Por otro lado, despierta o estimula, con las imágenes perimidas de las baldosas en tierra cocida, de la cocina de madera, de los cobres rutilantes y de la sirvienta de gran corazón, una multitud de emociones lejanas, de impresiones fugitivas y de recuerdos de lectura que ningún instructivo de kitchenette funcional de los monoambientes de veinte metros cuadrados tendrá jamás el poder de hacer surgir: el olor de las mermeladas a fuego lento en los grandes barreños, el asado en el horno, las ventanas abiertas de par en par, el sol de agosto y las sombras que jueguetan sobre la pared, el crujido de las langostas, el zumbido de las moscas... imágenes de imágenes y recuerdos de imágenes indisociables de una vaga pero tenaz sensación de hambre, sed y felicidad.

El placer de las palabras, sin embargo, no agota todo el encanto del aviso. Textos infinitamente más elaborados serían susceptibles, es evidente, de comunicármelo con más fuerza e intensidad que esas modestas líneas de términos abreviados, de estilo casi telegráfico. Si me hablan, como se dice, por algo deben estar allí, pero ese algo me interpela personalmente. Nunca recorro los avisos inmobiliarios con ojos realmente desinteresados: me hace falta poder al menos imaginar que estoy buscando una casa en la que vivir. Y como desearía a la vez seguir siendo parisino (por necesidad profesional y por gusto) y observar los cambios de estación en el campo, vivir en el campo y residir en París, e inversamente, encuentro en ciertos avisos que parecerían inspirados en Alphonse Allais la oportunidad de alimentar este sueño contradictorio. La corta distancia desde París (que debe permanecer consecuente, sin embargo, para que mi campo no parezca un lejano suburbio), la posibilidad de desplazamientos

rápidos (por autopista o en TGV) también constituyen indicios que me invitan a seguir el rastro. Cazador de imágenes, perro de muestra, aprecio a la distancia los méritos de cualquier residencia geográficamente posible con la loca esperanza de que pronto me resulte psicológicamente necesaria. Pero sólo ciertas imágenes me detienen y de golpe me seducen o me ponen escéptico. El texto (cuando hay a la vez texto y foto) ayuda a apreciar ciertos detalles de la imagen o a inventar lo que no muestra. Algunos términos felizmente elegidos abren estimaciones insospechables ante el primer golpe de vista. Así la mención de las dependencias da cuerpo a las construcciones que se distinguen en el rincón derecho de la foto del priorato; la existencia afirmada de sus “bellas recepciones”, de un comedor, de un escritorio y de siete habitaciones me incita a admirar las vastas proporciones y a perseguir el sueño, también en sí contradictorio, de una casa atestada de gente, de amigos, de niños, de adolescentes y de jovencitas cuyas risas y conversaciones se detuvieran en la puerta de mi escritorio solitario y silencioso. De pronto me atraviesa una ambigüedad (¿qué significa “estación rápido”? ¿que se accede a ella rápidamente, que los trenes que allí se detienen lo depositan a uno en un abrir y cerrar de ojos en el corazón de París o que pasan volando sin detenerse?) y una cursilería, no desprovista también de ambigüedad (ese RESIDENCIAL, con sus mayúsculas un poco torpes, ¿puede aplicarse a la habitación —en cuyo caso las mayúsculas podrían significar su vocación de residencia principal y no secundaria— o al barrio, obligándome entonces a imaginar, en las inmediaciones de un priorato escasamente protegido por la frondosidad de un parque de dimensiones en definitiva muy modestas, suntuosos chalés, niñeras y cochecitos, y a la tarde, a eso de las seis, berlinas de mediana cilindrada de donde salen, un poco apurados, jóvenes maridos felices de vivir?).

Entonces a uno lo arrastra la imagen, aunque a la imagen real

del diario se superponga otra, inducida por el texto y en el desarrollo de la cual —en una habitación oscura que me resulta completamente familiar— la primera sólo logra no obstaculizar. Tengo tan presentes el interior, la retaguardia y los alrededores, me resultan tan familiares, que me cuesta no reconocerlos en la foto que tengo ante mis ojos y los muestra. Pero no todas las razones por las cuales me los apropié tan fácilmente provienen del poder del texto y de la imagen. De hecho, un día de estos me voy a ver obligado a mudarme. No sería para nada descabellado en sí optar por una residencia rural, más vasta que un departamento, siempre y cuando sea cómoda y esté más bien cerca de París. Incluso la relación calidad-precio de la que nos hablan tan gustosos los críticos gastronómicos nos impulsaría hacia una solución de este tipo. Pues desde el mero punto de vista financiero, comprar un castillo o un priorato quizás sea una aventura, pero adquirir un cinco ambientes en el Barrio Latino, una imposibilidad. Seguramente, además, un cálculo preciso me demostraría que el reembolso de la suma a pedir prestada para hacerme de los cien millones de centímetros del priorato no debería sobrepasar mensualmente el monto del alquiler que pronto deberé pagar para mi nuevo departamento parisino, puesto que, estoy seguro, me quedaré en París. Pero necesito considerar la solución rural como realista para pensar en ella poéticamente. Si los avisos que no proponen precio no logran retener mi atención mucho tiempo, no es porque esté particularmente interesado en las valuaciones inmobiliarias: es porque carecen del mínimo de credibilidad que sólo les da para mí la enumeración de algunas condiciones muy prácticas. Ya que a partir de esa enumeración vienen al encuentro de mi deseo, le asignan un objeto y así toman la forma de una invitación o de una dirección personal. Allí está todo el efecto publicitario: en el descubrimiento o en la revelación repentina a un individuo muy preciso de un lugar en el que, se imagina, le sería posible vivir.

El efecto publicitario opera sobre sensibilidades particulares aunque los avisos estén concebidos en función de “objetivos” más generales. El encanto que sobre mí ejercen hoy la foto del priorato y las pocas palabras que la acompañan proviene a la vez de mi propia historia, mi cronología singular y mi pertenencia de clase, mi inscripción en una cultura específica de la cual, por lo demás, mi historia personal no podría abstraerse.

Si pretendo explorar los caminos tortuosos de una seducción que se ejerce sobre otros además de mí, tengo que pasar primero por el análisis de los textos y las imágenes que le dan forma, preguntarme por ejemplo si existe un sistema del aviso inmobiliario análogo al sistema de la moda estudiado hace tiempo por Barthes, tener en cuenta diferentes estrategias de los anunciantes en función del producto que proponen y del público al que apuntan, considerar la influencia de las condiciones sociales sobre la recepción de sus mensajes. De esa seducción, sin embargo, no tengo prueba más tangible que el placer y la emoción. Para apreciar razonablemente su efecto, tengo que pasar por mi propio imaginario, consultando imágenes que puedo creer constitutivas de una parte de mí mismo. Mi infancia, mis lecturas, mis tropismos íntimos (mis paisajes literarios, como los de mis vacaciones, están mayoritariamente situados al oeste) entran a jugar cuando recorro los avisos. Pero el cruce de un sistema de signos y de una sensibilidad individual (que aquí sólo se toma como ejemplo) no tendría ni encanto ni poder, no anunciaría nada a nadie si el lugar de su coincidencia no tuviera un valor eminentemente antropológico. Debo entonces pasar por último por el análisis de una institución social fundamental (la residencia, siempre y en todas partes objeto de estrictas reglas en las que el sentimiento de identidad, individual y colectivo, encuentra su origen) y de la realidad territorial en la cual se materializa y toma cuerpo: la casa.